

La FUERZA
DE UN DESTINO
MARTÍ GIRONELL



Martí Gironell



La fuerza de un destino

Traducción de Josep Escarré

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Martí Gironell Gamero, 2018
© Josep Escarré i Reig, 2018, por la traducción
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: marzo de 2018
Depósito legal: B. 2.315-2018
ISBN 978-84-08-18310-5
Composición: Realización Planeta
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

CAPÍTULO 1

Growl you may, but go you must!

Estas enigmáticas palabras aparecían tatuadas en el antebrazo de un hombre negro, corpulento y de anchas espaldas cuya presencia intimidaba al pálido, menudo y delgaducho Ceferino Carrión.

—... *but go you must?* —se aventuró a murmurar Ceferino, con un nulo dominio de la lengua inglesa.

Completaba el tatuaje un velero rodeado por una cuerda gruesa, un águila con las alas extendidas y un ancla.

No era nada difícil deducir que al chico lo había pillado un miembro de la tripulación de aquel enorme barco en el que había embarcado como polizón.

El hombre se echó a reír.

—¿Me va a delatar? —preguntó Ceferino a continuación en un francés más aceptable pero igualmente entrecortado.

—No te preocupes, no quiero hacerte ningún

daño —le respondió Joe, dejando entrever una hilera de dientes muy blancos.

El chico aún seguía jadeando y hacía esfuerzos por sostenerle la mirada.

—¿Tienes sed? ¿Hambre, tal vez?

El hombre se puso en cuclillas a su lado y sacó una tableta de chocolate del bolsillo. Cefe, que no sabía cuántas horas llevaba escondido en el barco, se la quitó bruscamente y se la zampó casi sin desenvolverla. Masticaba deprisa y sus ojos, que ya estaban pidiéndole otra chocolatina, se detuvieron en las letras que el marinero llevaba bordadas en la parte delantera de su casquete, una gorra de plato, blanca y sin visera, en la que podía leerse «Liberté».

«Libertad. ¡Ojalá fuera una señal!», pensó Cefe-rino sin bajar la guardia. Llevaba a sus espaldas siete intentos frustrados de embarcarse clandestinamente, y hacía muchas semanas que vagaba por los alrededores del puerto de Le Havre con Pedro y Jaime, sus compañeros de viaje, en busca de una oportunidad para introducirse en uno de aquellos enormes pailebotes y poner rumbo a Nueva York. A la llamada tierra de las promesas. De la *liberté*.

Para Ceferino y sus amigos habían sido dos años de un peregrinaje extenuante desde que habían abandonado Barcelona. Habían cumplido la edad, y no

querían esperar a que los llamaran para incorporarse al servicio militar obligatorio en un ejército fascista. «Jamás serviré en el bando culpable de la muerte de los míos», se repetía Cefe cuando los ánimos decaían. También huían de las escasas posibilidades que les ofrecía la España gris de los primeros años de la dictadura franquista. Habían cruzado los Pirineos a pie hasta llegar a Bayona, y habían seguido atravesando Francia por la parte atlántica en condiciones muy duras. Aceptaban todo tipo de trabajos a cambio de comida y de un lugar que les sirviera de refugio. Su paso por la zona de Burdeos había coincidido con las semanas de la vendimia, y los días se habían convertido en ocasionales jornales de doce horas. Los chicos avanzaban entre viñas por las orillas del Garona, a los pies de los grandes y famosos *châteaux* que Ceferino contemplaba en silencio mientras aprendía a distinguir las diferentes variedades de uva que se recogían. El grupo solo se había permitido pasar una temporada más larga en París. Ceferino trabajó como camarero y cocinero en locales nocturnos muy concurridos, mientras se aficionaba a la música de jazz y aprendía el idioma. Y cuando le llegó la noticia de que le habían declarado prófugo en su país, decidió interponer todo un océano de rebelión. Fijó la mirada de forma permanente en una América del Norte mitificada, pero que cada vez sentía más próxima y real.

Y ahora que a sus veintiún años tenía al alcance de la mano su sueño más codiciado, un marinero de imponente presencia se interponía en su camino. La nave no tardaría en hacer que sus motores despertaran. Aquel hombre estaba a tiempo de alertar sobre su presencia, devolverlo a tierra firme —en el mejor de los casos— y ahorrarse un montón de problemas. Nunca antes como en ese instante había echado tanto de menos a sus compañeros de infortunio. Era consciente de que su decisión de intentar ir por libre en aquella ocasión lo dejaba en una situación bastante vulnerable. Viajaba solo, y su único equipaje era la ropa que llevaba puesta —una camisa azul, unos pantalones de color beis y unos zapatos de cordones muy gastados— y unos documentos que le recordaban de dónde venía, hacia dónde iba y a quién dejaba atrás.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el marinero, que mantenía una expresión conciliadora.

—Ceferino —respondió—. Cefe —puntualizó.

—A mí todo el mundo me llama Joe. ¿Vienes de España?

Respondió afirmativamente.

—No eres el primer chico que se aventura a cruzar el Atlántico. Muchas ilusiones y sueños y pocos recursos para resistir una travesía que será larga —le explicó el marinero en un castellano algo rudimentario con el que quería tranquilizar al chico—. Me imagino que no tienes ni dinero, ni comida ni

ropa. Y te advierto que el espacio que has elegido no está acondicionado para las frías noches del Atlántico.

El chico asentía con la cabeza a cada suposición del marinero.

—¿Qué piensa hacer conmigo? —se atrevió a preguntar Ceferino.

—Ya te he dicho que no debes preocuparte.

—¿Por qué tendría que creerle?

—Voy a confesarte un secreto. ¿Puedo confiar en ti?

La pregunta pilló al chico por sorpresa.

—Aparte del trabajo de marinero en este barco, tengo otro. Y de este... digamos otro trabajo, el capitán no sabe nada —le explicó el marinero.

Puede que hubiera llegado el momento de que Ceferino tuviera que preocuparse por su integridad. Conocía unas cuantas historias oscuras que acababan resolviéndose mar adentro.

—Un grupo de marineros que acostumbramos a hacer la ruta Le Havre-Nueva York en embarcaciones como esta nos hemos organizado para llevar a personas como tú —dijo, señalándolo con el dedo— a buen puerto. Pero no es fácil, y son más los tripulantes que están en contra de que se ayude a los polizones que los que están a favor. De modo que, si queremos conseguirlo, tendremos que andarnos con mucho cuidado.

El chico asentía mecánicamente.

—No te preocupes. Me ocuparé de ti —le aseguró el marinero—. Si las corrientes marinas nos son favorables y no nos encontramos obstáculos insalvables, dentro de ocho días atracaremos en Nueva York.

Por primera vez durante toda aquella conversación, a Ceferino se le escapó una sonrisa. No fue un gesto ostentoso, sino más bien como si su pensamiento se hubiese adelantado en el tiempo para acariciar aunque solo fuera con la punta de los dedos la ciudad de los rascacielos. El ruido de las sirenas a bordo lo devolvió a la realidad sin demasiadas estridencias.

—Estamos a punto de levar anclas y debo ocupar mi puesto. No salgas de tu escondite. Más tarde vendré a ver cómo estás. Te traeré agua, algo para comer y una manta. Y no te preocupes, todo saldrá bien.

El marinero le ofreció la mano para sellar así una especie de acuerdo de fraternidad y fue engullido por la oscuridad de la bodega. Ceferino notó un vacío en la boca del estómago y más allá. De repente, los nervios, la angustia, la frustración y la tensión acumulados durante los últimos meses se desataron e impactaron contra su propia línea de flotación. Se echó a llorar. Fue como una tormenta de otoño. Intensa y corta. La calma llegó acompañada del movimiento pausado del barco, arrastrado por los remolcadores. Su viaje, si es que alguna vez se había interrumpido, conquistaría pronto la pri-

mera milla náutica. Pero Ceferino no fue consciente de ello. Se quedó dormido. E incluso se permitió soñar.

La estimación de ocho días se quedó corta.

El viaje duró dos semanas.

Primero tuvo que adaptarse a aquella penumbra que no llegaba a ser del todo oscuridad, y a aquel silencio que tampoco lo era. Y sobre todo tenía que acostumbrarse a un tenso aislamiento mientras persistiera el peligro de ser descubierto por algún miembro de la tripulación carente de la sensibilidad de su protector. «Todo el mundo me llama Joe.» Agradecía, con una sinceridad que no intentaba disimular, las visitas y la compañía de aquel hombre, y parecía que el sentimiento era recíproco. Aquel era, con diferencia, el viaje más largo que había afrontado en toda su vida; y, paradójicamente, se veía obligado a permanecer quieto, callado y encerrado en un espacio incómodo no más grande que la celda de una prisión. Le resultaba inevitable no pensar en su padre. Le era imposible no llenar todo aquel tiempo de soledad y espera con su recuerdo.

—¿Me has traído los cigarrillos? —Antonio Carrión le guiñaba el ojo a su hijo.

Ceferino solo pudo visitar una vez a su padre en la prisión, y le bastó para no olvidarse nunca de ella. En las postrimerías de la guerra civil le habían señalado como comisario político de los rojos. Los Ca-

rrión eran una familia que creía en los valores de la República y se habían significado para defender aquellos ideales.

Un día, su padre no volvió a casa. Y Ceferino no lo vio hasta dos meses después. Lo encontró desmejorado, muy envejecido, pero también con la firmeza y la serenidad que le caracterizaban. Ceferino quiso creer que no lo trataban tan mal como se decía, que los carceleros habían visto en él la buena persona que era. No se consideraba un chico ingenuo, pero quería tanto a su padre que no podía aceptar otra posibilidad, ni siquiera cuando una sonrisa perdida le mostró una dolorosa ausencia.

—No te preocupes, hijo. Aunque me arranquen los dientes, no juraré fidelidad a este régimen que quiere anularnos.

—Si dices eso, nunca te soltarán. Y tú no has hecho nada malo —se lamentaba el chico sin apartar la vista de la boca de su padre.

—¿De qué te sirve ser libre si no puedes pensar y actuar según tus creencias? —La voz de su padre era tan firme y cercana que a Ceferino aún le dolía más—. Nadie debería disponer de la vida de los demás ni doblegar su voluntad. Escúchame bien, hijo: solo tú decides por ti.

Un día, el padre de Ceferino volvió a casa. Nunca habló de su estancia en prisión ni mostró ningún resentimiento. Quería recuperar su vida, y como era un hombre que no estaba demasiado tiempo sin ha-

cer nada, cuando se le presentó la oportunidad de enrolarse en un buque mercante con su hijo mayor no la dejó pasar. Meses después, ambos perdieron la vida en un incidente sobre el cual las fuentes oficiales del régimen se encargaron de desinformar adecuadamente.

De eso hacía ya ocho años. Fue el 1 de julio de 1941. También un verano en alta mar.

—¿Qué les ocurrió? —quiso saber el marinero.

—Según nos contaron, el barco hacía una ruta que incluía un puerto alemán, porque transportaba material bélico camuflado para el ejército del Tercer Reich. La flota británica se olió algo y lo hundió.

El marinero miraba al chico con compasión. De un bolsillo sacó una petaca metálica que compartió con Ceferino.

—Todos hemos perdido a algún ser querido en la guerra —reconoció.

Bebieron en silencio, hasta que el aviso del relevo de la guardia de cubierta los separó.

Desde entonces —eso se lo quedó para él, porque pensaba que si lo decía en voz alta sería como traicionar la memoria de su padre y de su hermano—, Ceferino sentía un rechazo insalvable hacia el mar. Una especie de rabia visceral que lo roía por dentro.

Los periódicos nacionales nunca publicaron ni una sola línea sobre el hundimiento del buque mercante de la compañía naviera Carandini. La familia

interpretó que aquel silencio permitía mantener la farsa de la neutralidad del régimen de Franco en aquella maldita guerra. Y aquel silencio informativo les impidió reclamar cualquier indemnización. La madre de Ceferino tuvo que remover cielo y tierra para cobrar la pensión de viudedad, y por suerte pudo contar con el cura de la parroquia. El único gesto humanitario lo tuvo Enasa, la Empresa Nacional de Autocamiones, o, mejor dicho, su fundador, Vilfred Ricard. Enasa se dedicaba a la fabricación de vehículos pesados, furgones y automóviles, una producción de primera necesidad para las carencias que padecía el Estado tras la guerra civil. Situada en el barcelonés barrio de la Sagrera y fundada a instancias del Instituto Nacional de Industria, la empresa de Ricard dio trabajo a todos los hijos, hermanos y familiares directos de las víctimas del hundimiento. El empresario era hijo de marinero y quedó tan conmovido por la tragedia que quiso ponerle un paliativo. Y fue así como, echando sapos y culebras porque en definitiva trabajaba para el régimen, Ceferino se convirtió en planchista, un trabajador modélico y ejemplar, a pesar de todo. Durante los descansos compartía la conversación y la afición a fumar con dos jóvenes damnificados del régimen, descontentos como él, con quienes planeaba huir del país.

—Cuento los meses que faltan para cumplir diecinueve años; luego me llamarán a filas —les decía

con una indignación que escenificaba lanzando la colilla al suelo y aplastándola con el zapato—, y no me da la gana regalar mi juventud a esta jodida causa que ha matado a mi padre y a mi hermano.

En la bodega del barco pasaban los días y los echaba de menos.

En una ocasión, el marinero se interesó por los métodos que habían probado sus amigos para embarcarse. Le parecía encomiable que no hubieran desistido tras el tercer o el cuarto intento. Ceferino hizo inventario. Lo habían probado de todas las formas posibles: desde ocultarse entre los sacos de suministro hasta abrir un contenedor de carga para meterse en su interior, pasando por esconderse dentro de un coche antes de que lo subieran a bordo del barco con una grúa. La expresión de su rostro se ensombreció cuando recordó las dos ocasiones en que habían temido por su integridad al ser descubiertos por miembros de la tripulación sin demasiados escrúpulos: «La primera —explicaba Ceferino— nos pillaron acurrucados dentro de un bote salvavidas, en el lado de babor de la cubierta; la segunda fuimos sorprendidos en la bodega del barco durante una ronda de guardia rutinaria».

El episodio que más afectó a sus amigos lo sufrieron en el séptimo y penúltimo intento. La frustración empezaba a pasar factura en el ánimo de los jóvenes, que consideraban la opción de desistir y quedarse en Francia de forma más permanente.

Pero contactaron con un marinero que, entre cervezas y vasos de ron en la taberna del muelle, les ofreció subir a bordo de un barco fondeado a cambio del dinero que a duras penas habían conseguido reunir. Fue una trampa que casi les costó la vida. Cuando embarcaron, los encerraron en una pequeña estancia por motivos de seguridad, según les dijeron.

—No tardaron mucho en pillarnos —recordó Cefe—. Oímos voces y pasos acercándose rápidamente, abrieron la puerta, nos sacaron a rastras y nos obligaron a bajar del barco a palos.

Joe tenía razón. Después de tantos intentos tendrían que haber desistido. Pero fue entonces cuando decidieron probar lo único que no habían querido plantearse hasta entonces. Intentarlo por separado. Y lo harían camuflados entre los estibadores. Observaron en qué consistía el trabajo, los turnos, cómo seleccionaban a los que participarían en la carga de las mercancías... Los tres amigos hicieron el trabajo durante un tiempo para ganarse la confianza de los encargados y los estibadores del puerto, pero también para familiarizarse con los espacios de la bodega donde deberían encontrar un escondite. Ceferino recordaba la estiba como el trabajo más duro que había hecho en su vida. Más que siendo planchista en Barcelona o temporero en la vendimia, en Burdeos.

La elección de los estibadores que se contrataba

se hacía a dedo. La llamada —según el argot portuario— se efectuaba tres veces al día, en turnos de mañana, mediodía y tarde. Se reunían un buen puñado de aspirantes, tocados con sus boinas, que se arremolinaban en torno al encargado, quien, al pie del barco, escogía a un equipo de no más de quince hombres. Y puesto que cargar o descargar un barco era un trabajo que podía durar entre ocho y diez días, dependiendo de su tonelaje, los chicos tenían tiempo de estudiar sus opciones. La operación más delicada —transportar lingotes de oro a mano— obligaba a aumentar las medidas de seguridad.

En principio, el peor de los escenarios para introducirse como polizón en cualquier sitio. O puede que no.

—No me lo pensé dos veces. Precisamente el día que había más ojos pendientes de nuestro trabajo fue el que conseguí quedarme en el interior de este barco —le explicó al sorprendido marinero—. Fue gracias al robo y a la confusión que se generó. No sé si te enteraste. Eché a correr mientras oía las balas silbando muy cerca de mí. Hasta que vi la rampa de acceso al *Liberté*, que parecía invitarme a probar suerte. Crucé la cubierta sin mirar atrás, me escondí en la bodega y el resto ya lo sabes.

En cambio, Ceferino no sabía nada de la suerte que habían corrido sus compañeros de fuga. Deseaba, eso sí, que lo hubiesen conseguido en otra de las naves amarradas en el puerto. Esta vez lo habían de-

cidido así, aunque en el último momento siempre les costaba llevarlo a cabo. Y había funcionado. En la bodega del *Liberté*, acurrucado entre la carga, tenía la sensación de estar en las entrañas de una enorme ballena de —según se había entretenido a explicarle Joe— cincuenta y una mil toneladas de peso, doscientos ochenta metros de longitud y treinta de ancho.

Él ocupaba el equivalente a una gota de agua en medio de una tormenta.

Esa era la percepción que Ceferino tenía del compartimento improvisado y claustrofóbico, donde le daba la sensación de que su padre le hablaba al oído y le infundía ánimos: «No desfallezcas, hijo». Gracias a estos mensajes de ánimo, el cautiverio le parecía más ligero, más llevable. Y si aún le hacía falta otro empujón, solo debía meter la mano en el bolsillo de los pantalones y sacar de la cartera la fotografía de su madre. Y no dejar que la memoria se alejara demasiado —su situación de tránsito estancado le permitía como ninguna otra remover a conciencia los recuerdos— para darse cuenta de que su estancia como polizón no era tan desesperada. Le costaba, eso sí, habituarse a la sensación de que todo se movía muy lentamente, pero no se desanimó cuando el marinero le confirmó que, según los cálculos revisados del capitán, la travesía sería más larga de lo previsto. Solo le preocupaba que aquel hombre se cansara de ayudarlo.

—Por eso no debes preocuparte. Hasta que lleguemos, yo cuidaré de ti.

Ceferino había vivido toda su vida con la sensación de que nada era permanente, se había acostumbrado a no sentirse defraudado ni por las personas ni por los malos momentos. Tenía una capacidad extraordinaria para recuperarse y salir fortalecido de los aprietos, y, como aquel hombre superaba cualquier expectativa jamás imaginada, decidió sumarse al ritmo pausado del viaje.

El chico pensaba con calma, dormía con calma y, sobre todo, comía con calma. Como si saboreara el variado repertorio de comidas clandestinas que le proporcionaba el marinero. Al parecer, las conseguía con la connivencia de un miembro del equipo de cocina que se hacía el despistado cuando él recogía las sobras. Era un gesto inconsciente. Cuanto más tiempo dedicara a la comida, más ratos compartiría con Joe, que era el único contacto humano que tenía.

—Este barco ganó el Blue Ribbon en el año 1930. Entonces se llamaba *Europa* y pertenecía a la marina mercante alemana.

—¿Qué es el Blue Ribbon?

—Era el premio que se concedía al barco que hacía con mayor rapidez el trayecto entre Hamburgo y Nueva York. Pero la guerra lo arruinó todo.

—¿Qué pasó?

—Francia se quedó con el barco como parte del

botín de guerra. En los astilleros de Saint-Nazare lo desguazaron y lo reconvirtieron en lo que es ahora: una nave a medio camino entre el crucero y el buque mercante. Práctica, pero al mismo tiempo elegante. Ya ves. El *Liberté* es otro hijo de la guerra —dijo Joe, guiñándole el ojo de manera afectuosa.

El marinero lo notó angustiado.

—No deberías preocuparte por lo que ya no tiene remedio. Piensa en todas las grandes cosas que te están esperando. ¿Te acuerdas? —Joe se arremangó la camisa y señaló el tatuaje—. ¿Aún no sabes lo que pone aquí?

Ceferino negó con la cabeza.

—«¡Puedes protestar, pero debes ir!»

Era cierto que los días pasaban con una lentitud poco estimulante. Pero como Ceferino era una persona optimista por naturaleza, no se dejó abatir por el peso de la incomunicación ni del pasado. Tenía la oportunidad de poner orden en su vida ni aunque fuera para olvidar quién era y así tener más claro quién quería ser.

De vez en cuando le llegaban las voces amortiguadas de los pasajeros. Se entretenía reconstruyendo las conversaciones, las relaciones entre los interlocutores, las historias emocionantes que protagonizaban. No se lo imaginaba como si él fuera parte de la situación, sino como si estuviera viendo una película desde las primeras filas, mordisqueando una choco-

latina como la que había devorado sin contemplaciones al inicio del viaje. Era su secreto inconfesable. A Ceferino le apasionaba todo lo relacionado con el mundo del cine y soñaba con convertirse en actor. No obstante, este deseo le duraba poco y perdía fuerza en cuanto lo invadía un escalofrío de realismo que le hacía tocar con los pies en la tierra y lo obligaba a repasar y reconsiderar sus opciones. Todas pasaban por un mismo punto de llegada que guardaba en la cartera, junto con la fotografía de su madre y el documento de identidad español. Era un papel arrugado con una dirección escrita a mano a toda prisa, la del único familiar que había hecho las Américas, el tío Ramón. Él mismo la había copiado de una carta que su madre guardaba en la cómoda del comedor. Descubrirla supuso el empujón final que necesitaba para irse.

Y un día las voces del exterior se distinguieron de forma demasiado clara, no como las de los tripulantes inesperados que de vez en cuando se acercaban a la bodega donde estaba la carga y que justificaban el confinamiento de Ceferino. Aquellas voces llegaban con una nitidez que inquietó al chico.

—¿Lo oyes? —El marinero no tardó en acercarse y lo invitó a aguzar el oído.

—¿Es... gente hablando? —dijo, extrañado.

El marinero asentía con los ojos cerrados.

—Debemos aprovechar que aún no ha amaneci-

do, que hay niebla y que una parte del pasaje ha salido a cubierta.

—¿Aprovechar para qué?

—Estamos a punto de llegar a puerto. Nueva York. Lo has conseguido.

Aquel era un hombre de pocas palabras. Ceferino no habría podido asimilar nada más. Tampoco sabía qué decir. Y mucho menos qué hacer. Pero el marinero ya contaba con eso. Le puso la mano en los hombros. En parte porque en aquel último tramo el oleaje era muy fuerte; pero sobre todo porque necesitaba que le prestara atención una última vez.

Una última vez antes de que la sirena del barco anunciara que entraba en la bahía de Manhattan, antes de que las máquinas se pararan y de que los remolcadores se encargaran de las maniobras de aproximación a tierra. Antes de que aceptara una maleta olvidada por algún pasajero anterior y un billete de cinco dólares —«un pasajero sin maleta puede levantar sospechas, y con este dinero tendrás bastante para llegar a casa de tu tío»—. Incluso antes de salir de su escondite para reencontrarse con un cielo abierto de madrugada, que le permitiría sentir cómo el aire le despeinaba el pelo y le acariciaba la cara, y lo invitaría a confundirse con el resto del pasaje. Y antes, también, de enfrentarse a las preguntas con respuestas ensayadas de los aduaneros y de la brigada sanitaria, encargados de validar su acceso a la tierra prometida.

Mucho antes de que pasara todo eso, Ceferino miró de nuevo aquel tatuaje cuyo significado ya le pertenecía: «¡Puedes protestar, pero debes ir!».

—Aquí se separan nuestros caminos —le dijo el marinero—. Ahora ya sabes lo que debes hacer.